

Parece que he vivido mil vidas y en ninguna de ellas he encontrado el camino exacto hacia casa. Toda ella, al menos desde que tengo uso de razón, la he pasado entre la majestuosidad de estos caminos verdes, su aire puro y su bendita contaminación que tanto nos empecinamos los humanos en destruir. En cierto modo, así me siento ahora mismo, como la madre tierra que nos acogió hace tantos milenios.

Aquí puedo volver a respirar y después de todo lo ocurrido, he tenido la genial idea de venir solo hasta aquí y dejar que ella me guíe hasta encontrar un nuevo sendero por el que retomar la vida que tú me has robado. Lo sé, jamás leerás esto, por ello tengo la certeza de ser más libre a la hora de plasmar mis sentimientos en este cuaderno rojo con la inscripción de un león. Ese regalo que me hiciste hace varias navidades y hoy me he decidido a estrenar entre el velo dorado concedido por el sol a estas horas tan intempestivas de la mañana. Mi única compañía en esta travesía.

Fue una de las tardes más maravillosas percibidas por mis ojos y memorizadas por esta mente oscura. Tu sonrisa, mis nervios y nuestro restaurante favorito en el que nos pasamos horas y horas charlando. Buscaba la manera más original de pedirte la unión de tu alma a la mía y no me sirvió de nada las miles de horas entre películas románticas y libros. Me temblaba cada poro de la piel. Siempre te reías de mí por mi obsesión por los superhéroes, pero al igual que hace dos noches, ese día intuí por mi “sentido arácnido” el susurro de un final desastroso.

Dos días, con sus noches y sus horas eternas sin probar bocado y mucho menos sin dormir. En esa puta cama sí que ha llegado el invierno, y no en los siete reinos de Poniente.

El caso es, que después de preparar días antes mi propuesta de matrimonio con el dueño del restaurante y provocar una pelea ficticia con uno de los camareros del restaurante, tú y con tu impetuosa forma de defender a los tuyos, le arreaste un puñetazo en todos los morros al pobre chaval cuando intentaba sacarme del local tras mis aspavientos provocados e insultos de rigor...Dios, me has dejado, por otro, y aun así, ahora mismo, sentado en esta roca llena de musgo y a los pies del monte, no puedo dejar de amarte.

Eras, eres y serás la puta droga que acabe con mis huesos en un agujero. Por eso estoy aquí. ¿Lo recuerdas?

¿A quién cojones hablas, Juanma? Sí, os prometisteis ambos el subir esta llanura antes de la boda. Fue como una especie de fin de etapa. Al final de ella, en la cima, enterraríais todo lo malo ocurrido durante los cinco años de novios. Una vez convertidos en marido y mujer, cómo este sendero inexplorable hasta ahora por nosotros dos, dejaríamos que las estrellas nos guiaran...

¡Me cago en el puto universo y en la astrología del amor! ¡Y en mí mismo! No sabes cuánto me odio, Verónica. El rumor de unos inocentes pajarillos revoloteando alrededor de esta ensenada verdosa, los conviertes en el sonido gutural y chirriante de unas urracas roncadas con tu recuerdo.

Te odio, con la misma equivalencia a la que te amo. Desde luego, se cubrió de gloria el inventor o inventora del inoportuno dicho aquel: “Los polos opuestos se atraen...” Ya me acuerdo, Faraday, Michael Faraday. No sé quién fue tu camello, pero se lució contigo, amigo. Bueno, creo que va siendo hora de dejar de divagar y compadecerme. Voy a subir. Me esperan cinco mil cruces clavadas en la tierra. Por supuesto, voy a enfrentar el último tramo del camino con la versión de Metallica y la orquesta sinfónica de San Francisco grabada en su disco S&M del inigualable Ennio Morricone... ”The Ecstasy of gold”.

Pocos sabrán esto. La famosa e icónica escena final del “Spaghetti western” de “El bueno, el feo y el malo” de Sergio Leone, fue grabada en Burgos, concretamente entre Santo Domingo de Silos y Contreras, en el valle de la Mirandilla. No es que este haya sido un lugar especial para nosotros de toda la vida. De hecho, yo no soy ni de la zona...

Maldita sea Juanma, deja de hablar en plural, ya no existe un nosotros. Y sabes perfectamente que ella era y es de la zona, muy a tu pesar. Esa aldea de Ahedo siempre te dio muy mal rollo. Cuatro casas en medio de la nada y esos abuelos paternos que te miraban como si fueras el violador particular de su nieta.

Ahora, podría llevarme durante un par de páginas, contándoos la historia de amor particular entre este madrileño del barrio de Hortaleza y una aldeana de Castilla y León. Que se conocieron en una conferencia dada por uno de esos famosos escritores de libros de autoayuda. Que ambos eran un par de almas perdidas hasta que el destino los unió, pero no quiero aburrirlos y que dejéis de leer esta historia pasadas las dos primeras páginas.

Esta es el relato de un hombre, con más cuernos que un ciervo. Con un subconsciente tan sumamente frito por los avatares y escarceos amorosos de su pareja, harto de intentar hacerse ver así mismo que ella no era ella, que tras la ruptura, decide cometer la gilipollez de ir a un lugar en el que no hay nadie, ni siquiera gente enterrada en aquella gigantesca circunferencia ficticia minada de cruces y acabar con su vida.

Pero...¿Qué pasaría si llegado el momento y una vez allí, tras caminar como Eli Wallach buscando el dinero entre aquellas cruces blancas, nuestro protagonista encuentra una tumba abierta con su nombre?

Los que conocéis la historia de este lugar, quizás no os sorprendáis. Hasta los mismos protagonistas del film o el grupo de trash metal, antes mencionado, tienen su particular esquila en Sad hill, pero un absoluto desconocido, el cual pisa por primera vez ese lugar para despedirse de su pasado, presente y futuro, halla un hecho aún no ocurrido, como si el destino ya escrito, se adelantara a su futuro más inmediato y le pusiera las cosas más fáciles.

No podéis imaginar lo macabro del hecho y es completamente comprensible que penséis en su querida ex, como la artífice de toda aquella broma pesada y definitivamente, quien quiera deshacerse de su ex-prometido de la forma más sencilla. Pero... y si no es así, y si aquí hay más jugadores ocultos, de otra índole o naturaleza.

¿Queréis saber más?

Para ello tendréis que pedírmelo y haber llegado hasta aquí.

¿UNO?

Para Juanma, todo tenía un porqué. Una explicación necesaria. En el fondo, él sabía quién generaba todas esas suspicacias, el miedo. Miedo a todo, sobre todo a perder. Era competitivo a más no poder. Desde pequeño, siempre se tomó la vida como algo más que un juego. Tal era su furia y concentración en una contienda, que sus padres en una ocasión, con tan solo cuatro años, tuvieron que llevarle a urgencias por la “mala ingesta” de unos frutos secos tras querer ganar a su hermano Carlos de 8 años, durante sus juegos infantiles en el parque del barrio en el que residían.

Con su ex, era igual. Miles de veces, en todas aquellas discusiones tenidas a lo largo de sus años de novios, ella le recriminaba el hecho de imponer sus ideas por encima del raciocinio, simplemente por el hecho de vencer en una discusión. Eso conllevaba al egoísmo, y aunque él odiaba esa parte del ser humano, no lo podía evitar.

Los paraguas, otros de sus archienemigos desde la época juvenil en el que le cayó más de una colleja de su madre por dejárselos en las clases del colegio, eran inevitables, como el propio Thanos. En aquellos momentos, daría su brazo izquierdo por uno. La puta libreta de los Lannister se estaba jodiendo.

A pesar del aspecto árido percibido en la última secuencia del film de Sergio Leone, la vegetación que rondaba a Sad Hill, antes de poner un pie allí, era dificultosa. Más si cabe, con la tromba de agua desatada en tan sólo un par de kilómetros sobre el bueno de nuestro personaje.

Todos somos buenos hasta que se demuestra lo contrario, sin embargo, en este caso, Juanma era un valor seguro al que apostar. Sé que os medio prometí no enrollarme mucho con la historia personal de este tipo, pero a veces, es necesario hacer una pequeña introducción hacia los entresijos más oscuros de un alma atormentada desde su más tierna infancia.

En ella, este aficionado al senderismo y al rock, fue mal diagnosticado con un leve grado de autismo. Juanma, simple y llanamente era muy suyo, y una de las personas más sensibles del mundo. Veía más allá de lo que podría hacer cualquier ser humano. No, no me estoy refiriendo al don de ver espíritus y cosas de esas. A pesar de su ansia (conocida por toda su gente), de ver en alguna ocasión un aparición, su poder era otro, más particular y doloroso. Sabía al momento de conocer a alguien, si esa persona era buena o no.

Por pura ironía de la vida, el amor anuló su habilidad y cuando conoció a Verónica, su mundo se vino abajo. Dejó de lado a todos y su vida consistió en respirar cada uno de sus gestos. Ahora, los únicos que tenía grabados a fuego en el corazón, abrasándolo poco a poco, eran los gemidos de esa zorra cuando detrás de la puerta de su dormitorio los escuchó mientras se retorció de placer con otro. Uno de tantos. Sin embargo, esta fue la primera vez que la pilló en plena acción Siempre había imaginado esa escena en su juventud, y cuál sería su reacción. El dolor producido hacía solo dos semanas, fue tan fuerte, que se dio media vuelta y se fue, eso sí, dando un portazo tan grande que temblaron hasta los cimientos del edificio de la casa en el que aun vivían de alquiler.

Bajo la lluvia, con un cielo a medio abrir, de esas tormentas apoderadas por los gitanos, cuando el sol insiste en no irse, Juanma notaba las gotas de lluvia como pequeños puñales sobre su rostro y su piel, a pesar de ir al menos con un chubasquero turquesa de Decathlon y toda la ropa necesaria para una buena adaptación al clima y el deporte a realizar.

Te di toda lo que era, Verónica. Perdí amistades, me enfrenté a mi familia por ti. Me dejé el alma en complacerte. Me negué a mí mismo la verdadera naturaleza de tu podrida alma y encima tuviste los bemoles de dejarme tú. Tú que hundiste el poco orgullo que me quedaba por el fango de mis sentimientos.

En ese momento, sin poder evitarlo, rememoró sus increíbles encuentros sexuales y la manera tan desafortunada de involucrarse en ellos hasta perder el sentido. Creyó firmemente en que su amor cambiaría a Verónica, se equivocó. De fondo, entre la tormenta y sus palabras, los cascos del móvil le

traían los primeros acordes de la famosa canción de Metallica “Nothing else matters”. Temblaba, y la mezcla de recuerdos y lágrimas, eran los ingredientes esenciales para que su corazón sintiera un pinchazo, tan fuerte como hondo en cada poro de su piel.

Miró al frente, y a lo lejos, entre la arboleda verdosa que aún le tapaba parte del camino, pudo atisbar la explanada gigante de cruces, presidida por ese círculo empedrado, que según leyó en un artículo, alcanzaba los 30 metros de diámetro. Le temblaban las piernas, no podía evitarlo, no era por miedo, ni por frío. La causante de todo era Verónica y esa maldita promesa que se hicieron allá por el 98 de visitar ese lugar cuando ya fueran marido y mujer.

Puede sonar un poco macabro, pero era una forma romántica, al más puro estilo Poe. Crear la unión del amor y la muerte de forma poética, precisamente como una pareja que no puede vivir la una sin la otra. Pensaron en crear dos tumbas con sus nombres, como un simbolismo de su amor eterno. Duradero hasta y después de la sepultura.

¿Os podéis imaginar lo que supuso para este hombre encontrar su tumba ya lista? No, no podéis, porque aquella no fue la única sorpresa. ¿O es que acaso os imaginabais que esto iba a ser tan sencillo? Jamás os fieis de un escritor. Creo que es mejor oírlo de sus labios...

¡Putas aplicaciones de mierda! Son igual de efectivas que los hombres y mujeres del tiempo del telediario. No dan una. Menos mal que siempre he sido un tío precavido. La ropa de repuesto que llevo en la mochila, me va a salvar de un constipado, seguro...¿Qué... cojones...?

Perdón por la interrupción, Juanma había llegado por fin a la entrada de ese increíble cementerio circular. A unos pocos metros, sobre el famoso árbol pelado donde a sus pies residía aun la tumba de Arch Stanton, con fecha del 3 de febrero de 1862, colgaba la soga en la que tantos visitantes se habían hecho la foto de rigor, pero esta vez no había ningún particular friki posando, en ella, balanceándose como el péndulo de un reloj antiguo, colgaba un brazo humano. Y aún le quedaba ver “su agujero”....

¡Me cago en mi puta existencia! ¡Dios! ¿Qué hago? Será posible. He visto miles de películas y en estas situaciones siempre decía que yo saldría pitando, pero hay algo que me atrae. ¡Putas curiosidad y puto gato que la inventó con su muerte! Que sea lo que Dios quiera...

Me tiemblan hasta las orejas. Menos mal que la lluvia empieza a amainar. ¿Es? Sí, parece ser el brazo de una mujer. Delgado, uñas largas, sin bello, dedos cortos y...

Cuando Juanma estuvo delante de la tumba y pudo apreciar más de cerca el brazo cercenado, vio algo que le heló la sangre. Un lunar, en el codo, entre varias líneas resacas de sangre. ¿Cuántas personas podrían tener el mismo lunar en forma de corazón, en el mismo lugar que Verónica?

¿DOS?

–Ven aquí. No te vas a escapar tan fácilmente, rubia.

–¡Déjame! Sabes que odio las cosquillas. Y no me gustan estos juegos entre las sábanas.

–Antes si lo hacían. Incluso cuando recorría tu piel lentamente con mis manos. Así descubrí ese lunar tan bonito y original que tienes en el codo...Ahora no me dejas ni tocarte. Todo es tan frío.

–Por favor Juanma. Es muy temprano y sabes de mi mal humor por las mañanas. No me lo tomes en cuenta.

–Yo solo quería verte reír, Verónica. Es lo único que me hace feliz.

–Lo siento mi amor. Te prometo que esta noche te lo compensaré, ahora debemos irnos a trabajar. Las facturas no se pagan solas.

De rodillas, y siguiendo el balanceo de aquel trozo de carne muerta salpicando sangre y agua sobre la tierra mojada, Juanma recordaba la última vez que vio a su ex y las últimas palabras que le dijo: “Siempre me llevarás contigo, pues esa mancha en tu brazo no es un lunar, es mi corazón, mejor que un tatuaje”.

Esa misma noche, cuando llegó a casa, Verónica había aprovechado todo el día para hacer sus maletas y llevarse todas sus cosas. Hasta aquel estúpido gatito de peluche, que en la feria del pueblo, insistió que le consiguiera con esas escopetas tan ortopédicas.

No, no podía asimilar que ese brazo que tantas veces le rodeó, que esa mano que tantas veces le acarició, ahora estuviera bailando como el propio Gene Kelly en “Cantando bajo la lluvia”.

El terror siempre se ha caracterizado por sus infinitas capas. La primera, ese escalofrío eléctrico, un rayo fugaz que te pone en alerta; la segunda capa es más gruesa, la que soporta todo el estupor en su más pura esencia; la tercera es una mezcla de sorpresa y asimilación; y por último, la cuarta, la peor de todas, el cómo y el por qué.

Temblando, mirando derredor con la misma velocidad que un aspersor y los nervios acumulándose en su garganta, tragó como pudo ese último hálito de incredulidad y se puso de pie.

Quizás no sea el suyo –pensó–. Pero, joder, aunque no lo sea, es un brazo humano. ¿Qué hace ahí? El tiempo que lleva es evidente, apenas unas horas. Este lugar suele estar cuidado y bien conservado. Alguien lo hubiera visto y esto ya estaría en todas las noticias y las redes sociales del país en segundos.

Alguien me ha seguido. Alguien sabe que venía hasta aquí. ¿Pero quién? Y si este brazo es de Verónica, ¿por qué la ha matado y lo ha traído hasta aquí? ¿Alguno de sus amantes? Pero, ¿por qué me deja a mí este mensaje? Fui la última mierda que pisó antes de dejarme.

El traqueteo de preguntas en su cabeza empezaba a rasgar su cerebro como unas uñas afiladas sobre una pizarra. No podía ordenar sus pensamientos, así que se acercó hasta la soga y comprobó lo inevitable. No se atrevió a cogerlo, cogió una rama gruesa del suelo y paró el balanceo, se acercó y las

lágrimas dieron paso al epílogo, al corazón de la última capa del terror, la pérdida definitiva de la persona a la que más amó en su vida.

Algunos os preguntaréis el sinsentido de aquellos sentimientos. ¿Qué más da si era de ella o no? Esa zorra le abandonó como a un perro en plenas vacaciones de verano y le llevó, curiosamente, a ese lugar para abandonar la tierra de los vivos para siempre. No podía evitarlo, la amaba...pero una parte de él, la odiaba por igual.

Me llamabas egoísta. He llegado hasta aquí por ti y cuando decido reunir el valor suficiente para acabar con mi vida, tú y solo tú, decides adelantarme por la calle de la derecha y antes de irme, me das la última puñalada traperera, el último estoque: No dejarme morir en paz.

¡Maldita hija de...! Me acabas de robar las fuerzas. Ahora no puedo irme sin saber lo que te ocurrió y quién te hizo esto. Ese alguien debe estar todavía aquí....¿pero?

El cielo seguía medio encapotado a pesar del escampe. El silencio abría sus puertas y dejaba a una leve brisa helada que rodeara aquel valle, dejar su sello. De pronto, un leve sonido, ínfimo, hizo acto de presencia, mezclado con el vaivén de las hojas de los árboles que a lo lejos parecían saludarle... simulaban el crepitar de unas pisadas cortas. A su espalda notaba que alguien o algo, se acercaba, cada vez más. Giró sobre sí mismo y no vio nada. Una leve vibración se hacía poco a poco con el control de su cuerpo desde las puntas de los dedos de sus pies, hasta el último bello de su nuca.

Corrió, sí, empezó a correr, sorteando cada una de las tumbas y cruces que minaban aquel campo santo ficticio. No sabía el porqué, pero el miedo lo empujaba a seguir sin mirar atrás. Tras varios metros recorridos y sin darse apenas cuenta por el temblor y la tensión acumulada en su nuca, quedó al descubierto de esa presencia en el centro circular empedrado. A su merced...De nuevo, un leve rumor. Parecía un llanto, un lamento acumulado en una botella de esas que guardan magistralmente un barco en miniatura...

—¿Por qué?

«¿Quién cojones?...» Juanma lo oyó claramente. La típica pregunta de la que se apodera un niño pequeño cuando empieza a cuestionarse las primeras incógnitas de su vida. Por desgracia para nuestro protagonista, o quién sabe, si por fortuna, aquel lamento no poseía la misma cadencia inocente infantil. Gruesa, arrastrada en su contexto, sin poder dilucidar su sexo, el timbre de aquella simple pregunta era una desgarradora súplica en el tiempo.

–¡Vale! ¡Como broma ha estado muy bien! ¡Seas quien seas, casi consigues que me cague en los pantalones, pero déjalo ya!

–¿Por qué?

De nuevo y a lo lejos, aquella mortífera cuestión, cortaba el aire en el ambiente y el oxígeno en los pulmones de Juanma. Sin tiempo para asimilar nada y con la misma rapidez que el aleteo de una mariposa, una sombra hizo acto de presencia a centelladas de entre las pocas cruces que separaban el empedrado de las Nike del senderista. El cielo, tapado con su edredón de nubes opacas, apenas dejaba un resquicio de luz, pero el suficiente para hacerse notar aquella inconfundible melena dorada, larga y rizada de

–¿Verónica?

¿TRES?

Es muy probable, que a estas alturas, algunos ya hayáis dejado de lado esta historia. No os ha atrapado lo suficiente o quizás la espera, prolongada de mes a mes os ha sumido poco a poco en una

desidia a la que muchos nos agarramos por el mundo en el que vivimos. Ese que nos da todo en tiempo real y al instante. Ese que nos prepara delante de un sillón para ver de una sola tacada y apenas sin respirar, una temporada entera, sin cortes y sin anuncios de la serie que os está corroyendo la sangre...Que se lo pregunten a George R. R. Martin.

Incluso, ahora mismo, los pocos que seguís a este pirado y a esta historia, os estaréis preguntado qué demonios hago escribiendo esto en el tercer capítulo de las últimas horas de Juanma. Tiene una fácil explicación...

Mi primera idea era crear una historia directamente contada por el protagonista, pero en tan solo dos capítulos y un prólogo, y casi sobre la marcha, he decidido cambiar de nuevo las tornas. Me he colado como narrador entre los desvaríos, recuerdos y miedos de nuestro senderista, pero ¿Y si os digo que hay mucho más entre estas líneas?

Para mí, esto es un juego de improvisación. Un reto. Una historia sin un final aparente y lleno de cambios, según surjan en mi cabeza. No os molestéis en buscar un final a este cuento sepultado, pues ni yo mismo sé cómo acabarlo.

En esta vida es esencial tener varios puntos de vista. Con ellos puedes enjuiciar mejor la actitud de las personas, ya que el ser humano de hoy en día se caracteriza por la facilidad de sentenciar a alguien por tener un pensamiento libre y a contracorriente del resto de los pobres mortales.

¡Joder! Menuda chapa os acabo de soltar. Y solo para contaros que en este capítulo, no habrá un protagonista, sino una protagonista, la supuesta víctima: Verónica.

Cuando encuentres esta nota, después de leerla, pensarás que soy la persona más horrible del mundo y no te quito la razón. Llevo pensando en esto detenidamente desde hace muchos meses. Eres el mejor ser humano que he conocido y que jamás conoceré, y lo sé, soy una imbécil y una idiota sin parangón. He encontrado lo que todas buscan durante toda su vida y lo voy a dejar marchar por mi obstinada cabezonería. A pesar de todo, sé que en un principio buscarás una razón lógica a todo esto, pero créeme, no la hay. Sé que nos hicimos muchas promesas y en su momento, yo era parte del peso de esa balanza que nos llevaba sin remedio hacia la felicidad más rotunda, sin embargo, no puedo hacerte más daño y engañarme a mí misma. Soy una cobarde, aunque para ti, sea una maldita hija de puta caliente braguetas.

Cuando encuentres esta carta, entenderás muchas cosas y sé que te arrepentirás de todo lo pensado sobre mí...ojalá la encuentres muy tarde y yo ya esté demasiado lejos para que nunca más me encuentres.

Juanma, ¿recuerdas aquel día en el que te pregunté si confiabas en mí? Hace unas horas confirme mis sospechas. Yo no era la que estaba en nuestra habitación follando como una loca con otro tipo, era mi amiga Clara. Le pedí que se fuera con su novio a nuestra casa y se pegaran el lote en nuestra cama.

Durante todos estos años, he pensado que había una parte de ti demasiado especial, orgullosa y sobre todo, aferrada a la desconfianza y a no dar todo de ti a los demás por el miedo a ser herido. Pero sobre todo, a tu enfermiza competitividad en todo. Te prometo, te juro por la memoria de mis padres, que no he hecho todo esto para que creas que te he ganado la última partida, sino para ayudarte a comprender lo que significa dar tu alma a alguien con el absoluto convencimiento de su capacidad para cuidar el amor procesado por ella.

No dudo de tu amor, pero sí de tu manera de amar. Sabía perfectamente que no serías capaz de entrar en nuestro lecho de amor y descubrirme con otro, no solo Clara me lo ha confirmado, las marcas que has dejado en el cerco de la puerta de entrada con tu sonoro portazo han lapidado mi corazón para siempre.

Te quiero, Juanma, como jamás amaré a nadie. Y por ello me voy, con la esperanza de que algún día, una nueva sonrisa se cruce en tu vida y te borre de un solo beso toda la zona oscura que alberga horrores en el lado oculto de tu alma. Te lo dije un día y te lo repito hoy: “El amor es eterno si la confianza no tiene fecha de caducidad”.

PD: Espero que no hagas ninguna tontería y encuentres esta carta a tiempo. Ojalá algún día nos veamos de nuevo en aquel cementerio en el que íbamos a sellar nuestro amor eterno y estemos juntos de nuevo. Yo te esperaré toda la vida.

Te amo.

Verónica

Como podéis ver, en esta vida, nada es lo que parece y como os dije anteriormente, los juicios de valor, son tan rápidos como el centelleo de unos ojos en fase REM. La pregunta ahora es la siguiente: ¿Si Verónica amaba a Juanma y le tendió una trampa para comprobar la valía de su amor, quién demonios la ha matado? ¿Dónde está la carta que le dejó? ¿La tiene el asesino de Verónica? ¿Existe en

realidad ese personaje? Y sobre todo ¿Quién demonios es aquel ente que se le ha aparecido a Juanma en Sand Hill y que quiere decirle?

Os voy a dejar con un pequeño avance del ¿cuarto capítulo?

Retomó la carrera, sin gritos ni maldiciones, ni siquiera podía controlar las respiraciones mientras huía. Ahora sí miraba hacia atrás y percibió como aquella nebulosa dorada extendía sus brazos, como intentando buscar sus abrazos, esos que Verónica catalogaba como “Reseteos del alma”....Y cayó.

Un agujero, del tamaño de un ser humano de compleción media lo engulló sin apenas “masticarlo”. El golpe fue contundente, pues su hombro derecho se hizo con el peso de su cuerpo y la tierra húmeda sirvió de poco parapeto. Antes de caer en la tenebrosa inconsciencia, supo que había caído en el agujero de una tumba...Imaginaos cuando despierte, consiga salir y vea que en ella pone su nombre.

No le queda nada por sufrir al pobre de Juanma y a vosotros...Si queréis, claro.

¿Cuatro?

Si sumas cada uno de tus errores, el resultado te dirá quién eres.

Conoces esa sensación, esa que os dice y os perjura mentalmente que no lo volveréis a hacer. Sin embargo, pasada una semana, los cubatas caen como moscas en una convención de insecticidas y maldices tu putrefacta fuerza de voluntad...como a todos aquellos que consumen Tele5. Así me sentí cuando abrí los ojos y mi cabeza se había convertido en la gigantesca London eye, dando vueltas sin parar en un Gif eterno. Y lo peor es que eso no era todo.

Recuerdo como me incorporé, acompañado por el dolor intenso en mi hombro y la tensión despertada en tan solo un instante de consciencia. La voz, esa pregunta macabra desapareció. ¿Sería una alucinación? ¿Qué me estaba pasando?

Me di la vuelta, de cara al suelo y mezclé la rugosidad de mis dedos con la tierra mojada de aquel hoyo para ponerme de pie. Respiré profundo y tosí tanto o más que un pobre enfermo en fase terminal. Al segundo intento, pude clavar mis uñas entre unas pequeñas piedras que había alrededor de la tumba y salí de allí temblando. Cuando alcé la vista, sobre la cabecera de aquella “cama eterna”, sin tiempo para asimilar todo lo que me estaba ocurriendo, lo imposible volvió a sacudirme por dentro las entrañas. Aquella tumba tenía dueño, y ese era yo. Con letras rojas sobre un cartel de madera blanca y agrietada, mi nombre descorrido conformaba una cruz sobre una estaca de hierro enterrada en la tierra, como cada una de mis esperanzas a no perder la cabeza.

Con un leve balanceo, de izquierda a derecha, mis ojos escanearon el terreno, esperando la típica voz de un malo de película que se presentara y me contara porque estaba pasando todo aquello y el por qué lo hacía. La respuesta fue tan sólida como los penetrables rayos de sol sobre las nubes otoñales que me observaban...SILENCIO.

¿La soledad es más terrorífica que la compañía de la ignorancia o la falsedad? Sinceramente, no lo sé. La filosofía no es lo mío y mucho menos los putos juegos mentales en los que estaba metida mi mente en aquellos instantes.

—¡Verónica! ¿Por qué?

Ahora cierro los ojos, y ese grito y esa pregunta, todavía siguen retumbando en mi cabeza. Nunca hice daño a nadie, por ti, hoy en día, sería capaz de pisotear el quinto mandamiento y pasármelo bomba destrozando cabezas con un puto lápiz.

Mi madre siempre me decía lo mismo: “Quien te quiere bien, te hará sufrir”. Y yo le respondía: “Tú me quieres y no me haces nunca ningún daño”. Su respuesta fue lapidaria: “Yo jamás te querré, porque yo te amo. Mi vida te la traspasé en el mismo instante en el que te pusieron sobre mi pecho y supe que nunca más sabría lo que sería amar a nadie por encima de ti”.

¡Joder con las madres! Tienen la maravillosa habilidad de dejarte en calzoncillos con un toque de su corazón. Si escribo todo esto, no es porque en aquellos momentos de soledad y miedo, me acordara de ella. La respuesta a este pensamiento me la dieron las tumbas que estaban alrededor de la mía... Tres, concretamente. La de mi madre, Elisa; la de mi padre, Ramón y la de mi hermano, Carlos.

El resto, te lo puedes imaginar. Incomprensión, pavor sin medida, microinfartos a la velocidad de Flash. La locura se desató en mi interior como si fuera la reencarnación del mismo Vesubio. Vomité, sí, no lo voy a negar, esa fue mi primera reacción. La segunda, tras restregar los restos del bocadillo de pavo que me comí antes de empezar esa maldita travesía macabra sobre mi chaleco azulado, fue instintiva. Me convertí en un perro tras su hueso enterrado, escarbé la tierra con mis manos con tanta fuerza que no me importó si quiera que la mitad de una de mis uñas saltara imitando la trayectoria de la latilla de un tercio. El sudor brotaba en mi frente con energía y se mezclaba con la tierra de mis dedos al intentar secarla. Mi respiración se entrecortaba entre la fulgurante mezcla de mis gemidos y las súplicas por no hallar los restos mortecinos de mis seres queridos.

Fueron los segundos más largos de mi mísera existencia, hasta que noté algo extraño entre aquel barrullo de arenisca, piedrecitas y mala hierba. Paré, mi gesto de extrañeza y pánico se congelaron, parecía un envoltorio de plástico, y dentro de él, una carta, un sobre dirigido a mí...” ¿Qué cojones? —pensé”.

Poco a poco y con sumo cuidado la saqué de su prisión. Moví la cabeza de un lado a otro, cerrando los ojos en el proceso, no dando crédito a lo que veía. Y ahora que lo pienso, despreocupándome si en las otras dos tumbas, estaban mi padre y mi hermano. Al abrirla, no sé por

qué, he sabido que era tuya, a pesar de la incomprensión más absoluta por todo lo que estaba pasando a mi alrededor. Como si tu aroma aún rezumara entre los pliegues de esa hoja escondida y los hubieras tatuado sobre el papel al restregar tus muñecas. Desgraciadamente no me equivocaba, era tu letra, tan característica, con esas eses alargadas y esas as tan perfectas y redondeadas.

Apenas unos segundos antes, creí que no se podía sufrir y experimentar un horror tan grueso, tan burdo y basto como cuando te duele la garganta y ves las estrellas al tragar simplemente tu propia saliva. Como siempre, como todos los seres humanos de esta tierra, me equivocaba al creer que lo sabía todo. Aquellas palabras despellejaron cada porción de la que está compuesta mi existencia y ya no me importaba si alguien o algo estaban jugando conmigo en mis últimos segundos, minutos o horas de vida.

Me odié y me odio con toda mi alma desde entonces. Nunca me lo perdonaré. Ni siquiera en el más allá.

La empatía no es una obligación, es un don muy particular. Para mí es un superpoder, de esos que están tan de moda hoy en día. La pena es que está en peligro de extinción y no sabemos la manera de volver a recuperarla. No es un fósil que se pueda mutar como los dinosaurios de Jurassic Park o la oveja Dolly. ¿Puedes imaginarte como se sintió Juanma cuando leyó la carta? Tómatelo como un ejercicio, para probar tu nivel y capacidad para ponerte en la piel de otro ser humano. Sus dudas, sus pesares, sus sufrimientos y sus...errores.

¿Cinco?

¿Te has sentido alguna vez observado? ¿Parte de un proyecto secreto en el que eres una mera ficha de ajedrez? La manipulación puede ser uno de los instrumentos más instructivos para contaminar un alma pura. Aunque en realidad, desde pequeños, somos unos putos torturadores mentales. Pensarlo bien, con un simple llanto y la excusa de que “el pobre aún no sabe hablar y pide las cosas así”, ya tenemos a unos abuelos convertidos en zombis a nuestros pies. ¿Y si os digo que Juanma es algo más que la punta del iceberg de esta historia? A veces, una lección, puede tener cierto efecto boomerang.

Supongo que a estas alturas, las teorías habrán pululado por vuestra mente sin parar. Espero sorprenderos.

La sequedad de mis labios es una burda imitación de la desolación que habita en mis latidos. Cada uno de ellos se clava en mí, una y otra vez, recordándome lo que hice. Dudé de ella, del amor de mi vida. La persona que luchó contra viento y marea por defenderme ante los suyos, los míos y yo mismo. Esta ha sido sin duda mi “victoria” más amarga, la sentencia necesaria, el empuje justo para terminar lo que vine a hacer aquí hace unas horas.

Quizás, todo lo que he visto en esta extensión verde de muerte ficticia, sea eso, solo una fábula terrorífica de mi propio subconsciente que me ha torturado hasta estos instantes en los que, finalmente, me he dado cuenta de lo equivocado que estaba. De lo amado que fui y lo poco que di.

Llorando, con el rostro macilento y sin apenas un atisbo de tristeza en él, Juanma escribía estas palabras en su diario. No era una terapia, era la suma de sus miedos intentando ser restados por la valentía y el valor suficiente para quitarse la vida. Era su castigo. Su verdugo y su propio juez. Ya no quería nada de nada, ni de nadie.

Antes de levantarse del suelo, echó una última ojeada a las tumbas que le rodeaban. La ironía se posó sobre sus hombros al sentirse arropado y rodeado por su familia antes de fatídico final. Lo había planeado de mil formas, todas indoloras. Sin embargo, después de los últimos acontecimientos, creía que debía sufrir, del mismo modo que su preciosa Verónica al ver que su amado la había repudiado a las primeras de cambio y sus malditos celos y desconfianza, la trataran como una cualquiera. Solo quería dejarse llevar y que el viento que soplabla tenue desde las llanuras, restregara su último suspiro como aquella prenda o utensilio que estuviste apunto de olvidar al salir de casa rumbo a tus vacaciones.

No puedo más que sonreír al recordar la escena. Tú y yo, en tu habitación, aprovechando que tus padres habían ido a Burgos y después de ver un cargamento de películas ñoñas que tanto te gustaban. Me miraste y me pediste que uniéramos nuestra sangre en un pequeño tarrito de cristal. Sabías lo que odiaba y lo furioso que me ponía el hacerme involuntariamente cualquier corte en las manos, pero tu sonrisa y esa mueca suplicante ayudada por tus labios, desarticulaba siempre mis defensas. Accedí, y ambos, como dos adolescentes de los años 80, nos hicimos un pequeño corte en la yema de los dedos corazón de las manos izquierdas. La sangre fluyó, imitando paradójicamente el mismo fulgor de nuestros juegos sexuales y llenamos aquel recipiente embelesados por la ilusión...Curioso, cómico, patético es el hecho de encontrarme en este paraje y haber decidido el cortarme las venas en una expresión personal de valentía y con cierto mensaje romántico para ti, cuando encontrarán mi cuerpo...si es que aquel brazo que aún a lo lejos veo balancearse, no es tuyo y sin embargo, ahora no tener el valor de hacerlo.

¿Será por eso que una parte de mí me susurró tu nombre antes de salir de casa? Adelfa, una serie de plantas comunes del género Nerium. Sí, esas flores rosadas y moradas que vemos tan a menudo en los jardines. Hace poco, buscando una alternativa a desangrarme vivo, busqué un veneno natural e inocuo, fácil de fabricar y di con él por casualidad en un artículo de las miles de revistas que tiene mi

madre sobre su afición botánica. Resulta que, lo que hace que la adelfa sea tóxica son dos potentes glucósidos, la oleandrina y la neriina, ambos en la planta. El inconveniente de todo esto es que los síntomas son bastante duros y lo voy a pasar un poquito mal. Vamos, que ante de llegar a un paro cardiaco, voy a tener náuseas, vómitos y diarreas sanguinolentas como si tuviera la peste, pero sin esas horribles ampollas.

Te quiero Verónica. Sé que he sido un cobarde toda mi vida. He rehuido confrontaciones familiares y no he dado la cara por ti en momentos concretos. En el trabajo he sido ninguneado por todos, un pobre Peter Parker sin poderes, pero te tenía a ti. Mis defectos los hacías tuyos. Con solo tocarme, olvidaba mis pesares y te convertías cada noche en la orilla eterna que esperaba a esta marejada de sentimientos e inseguridades que tanto te amaba. Ahora, más que nunca, debería estar cubierto de otra pasta. Dejar de lloriquear y dar con tu asesino, saber quién ha sido capaz de esa tremenda atrocidad. Nada tiene sentido, pues si como dices en la carta, la mujer que yacía en nuestro dormitorio con otro hombre era tu hermana, no existe la posibilidad de un amante despechado y loco que en un arrebato descontrolado acabara, accidentalmente o no con tu vida. Es más, ¿Descuartizarte y traerte justamente aquí? Hoy, hoy que he tomado la decisión de venir hasta aquí y acabar con todo... Solo mis padres sabían que me iba de senderismo. Espera, no puede ser. ¿Es posible? Dios mío, no. ¡¡Mierdaaaaa!! Mi madre siempre ha tenido debilidad por ti. Te defendía a capa y espada en todos nuestros conflictos; incluso, después de lo ocurrido, ella se negaba a admitir que tú hubieras sido capaz de engañarme con otro. La otra cifra de la ecuación es mi padre, a ese maldito loco le encantan las bromas y el cine. Desde que se jubiló, se ha recorrido media España presentándose como extra...¿Y si todo esto lo has preparado tú, compinchada con ellos para darme una lección? No, no, no puede ser, joder.

¡¡Ah....coño!! ¡¡No, no puede ser!! ¿Por qué cojones me tuve que tomar el veneno antes de venir? Los síntomas están empezando a hacer efecto. Todo esto me pasa por ser un mierda, un cobarde y un desconfiado. Tengo que saber si ese brazo es de verdad...

En ese instante, cuando Juama intenta ponerse de pie a duras penas, un pequeño mareo se hace con el control de su estabilidad y casi se cae a la tumba de nuevo. Se pone la mano en el estómago, el típico gesto funesto que hacemos todos para aliviar el dolor. Las tripas están en pleno programa de centrifugado, se retuerce de dolor. Entre el sudor que empieza a emanar de su frente como una presa rota, fija su mirada en el vaivén ínfimo que aún le proporciona el aire al trozo de carne. Un pensamiento cruza por su mente: *¿Es asqueroso el pensar que ojalá ese brazo sea de Verónica y mi muerte no sea en vano, ni tan patéticamente shakesperiana?*

¿Seis?

¿Por qué? Las dos palabras más repetidas en una pregunta. Todas en esta vida la poseen y la mayoría de ellas no tienen una respuesta plausible. Yo os formularía otra ¿Existe la verdad? Cada uno la amoldamos a nuestra imagen y semejanza, sin importar precisamente ese por qué. Cuando uno juega con los hilos del destino, solo tiene dos posibilidades: Salir indemne o enredarse entre ellos hasta provocarte la asfixia...casi nadie se libra.

Juanma pagó sus errores... y Verónica, ¿No creéis que ella también debe ser juzgada por el destino y sus juegos? Vamos a ver, que pasa...

Notaba algo en el ambiente. Nunca fue una persona supersticiosa, creía solo en la imagen revolucionaria de aquel hijo de carpintero, nada más. Aunque es cierto que se dejaba influir con demasiada facilidad por las consecuencias de sus propios actos. La inseguridad era la parte principal de su ADN, hasta que conoció a Juanma.

Su “Milla verde” se convirtió en un reluciente sendero lleno de posibilidades. Con él, no le temía a nada ni a nadie y afrontaba la vida con toda la seguridad otorgada por el amor. Por desgracia, los cuentos son eso, solo cuentos, y hasta llegar al banquete de perdices, los baches y la falta de numerosos adoquines relucientes, fueron escollos duros de afrontar entre su incapacidad de decisión y los continuos envites de Juanma. Su competitividad, su dominio absoluto de la verdad y sus celos.

El día del engaño fue el más difícil para ella. Jamás había mentido al amor de su vida, ni siquiera de pensamiento o en brazos de la somnolencia. Sus suegros fueron la piedra fundamental que sostuvo toda aquella mentira y el cariño procesado a través del tiempo, fue suficiente para intentar darle una lección a su hijo y hacerle abrir los ojos de una vez por todas. Lástima, el ser humano nunca aprende, pues nada sale como planeamos...

–No puedo hacerlo, Ramón. Hay algo dentro de mí que me dice que esto no está bien.

–Eso es solo miedo, querida o alguna de esas mierdas con las que te alimentas por las noches. Tanto yogur natural con frutas no puede ser bueno. Donde esté un cacho de lomo con queso...

–De ser así. ¿Por qué Carlos no ha querido tomar parte en esto, Elisa? –dijo la joven encarando a su suegra.

–Es demasiado soso y, a pesar del cariño que te tiene, sabes cómo se las gasta con tu novio. Son como el agua y el aceite dentro de un recipiente. Sinceramente, prefiero mantenerlo alejado de todo esto.

Quién sabe, si el hermano mayor de Juanma hubiera participado, ahora no habría que lamentar tantas cosas...

–Según los cálculos de Ramón, Juanma no habría tardado menos de dos horas en llegar a pie hasta Sad Hill. A estas alturas ya debe de estar aterrorizado por lo que ha visto. Desde luego, se nota

la afición de su padre por el cine y los libros de terror. Si soy yo la que ve ese brazo colgando del árbol y me quedo tiesa allí mismo al instante.

La leve lluvia que cayó con anterioridad, fue suficiente para que Verónica tirara por la ladera norte de aquel sendero como un zombi. A pesar de llevar el calzado apropiado, el barro empezaba a desdibujar los colores grises y rosas de sus botas de senderismo e incluso a calar levemente sus calcetines térmicos. Su respiración no iba al compás de sus pasos y aunque no estaba hablando en voz alta, era como si el aliento se ocultara tras su espalda y jugara al escondite. Un pinzamiento se hizo cargo de su riñón derecho, se notaba mucho el tiempo sin hacer nada de ejercicio desde que le asignaron aquella cuenta en el bufete. No había que ser ingeniero de la NASA para darse cuenta del espectacular sabor dado por este detalle a la receta de su especialidad: “Fondue de sentimientos y apetito sexual con una base caramelizada de horas extras en el trabajo”. Lo justo y necesario para fomentar las últimas broncas con Juanma, que ya empezaba a fabular con un compañero del trabajo como amante comprensivo y cariñoso. El aderezo perfecto.

Esa fue la última hoja otoñal que cayó del árbol fornido de su joven amor. La misma noche de aquella última bronca, vagando por la calle sin rumbo fijo y dejándose llevar por los dibujos caprichosos que dejaba la lluvia en la capital burgalesa, un coche le dio las largas. Era Ramón.

El hombre volvía a su casa después de la típica partida de cartas con sus amigotes del trabajo, y aunque llevaba dos cervezas demás, se le descompuso la cara cuando Verónica le contó lo ocurrido con el necio de su hijo. Sin apenas respirar y asimilar los hechos, miró a su yerna fijamente a los ojos y con el aliento apestándole a cerveza, le dijo palabras textuales: “Se va a cagar”.

Este lugar posee una mezcla extraña de misterio y desaliento. A pesar de ser ficticio, es como si notara un olor nauseabundo en el ambiente...espero que no haya sido una parte improvisada del atrezo de Ramón. No quiero vérmelas con ninguna asociación cultural o estamento oficial.

¡Dios! No es lo mismo ver esas dos pistolas a través de la caja tonta, que en persona.

En ese momento de inquietud personal, no estuvo muy segura, pero creyó escuchar unos leves murmullos quejumbrosos, parecía que la tierra húmeda hablara denunciando su dolor por culpa de una humanidad maltratadora. Aquella oscuridad, la quietud y soledad del páramo, empezaba a mermar dentro de sus tripas y no por que tuviera hambre.

Ramón me dio instrucciones muy claras. Si quería rematar aquella lección con una buena rúbrica, debía esconderme hasta el último momento y darle a Juanma la estocada final con una aparición fantasmal.

–Llévate una muda limpia para mí hijo, su esfínter va a dar más saltos que un canguro cuando te vea aparecer de una pieza.

Mi suegro es un verdadero hijo de la gran...–no pudo evitar sonreír.

Le duró muy poco. Agazapada, como una leona esperando paciente a su presa, fue yendo de cruz en cruz hasta el lugar donde horas previas, Ramón y ella habían cavado las tumbas. Cada metro que avanzaba, su corazón iba emitiendo un ritmo progresivo y acelerado de sus latidos. Juanma debía estar en esa zona. De pie, sentado o tumbado si acaso, pasto de un shock brutal, pero en esa zona. Trató de calmarse así misma pensando en el camuflaje natural de la noche, sin embargo, dejó la estrategia sorpresiva y se puso de pie. Irónicamente, ella fue la que se convirtió en un canguro y empezó a dar saltos hasta las tres tumbas. Cuando llegó, el escenario era aterrador...

De una de las tumbas salía una mezcla nauseabunda de vómitos, heces y un rastro de sangre coagulada que se perdía por el lado contrario al que ella había venido y en dirección hacia el trozo de plástico que no dejaba de vascular sobre aquel árbol tan tétrico. Los músculos de su garganta empezaron a contraerse, el pinzamiento volvió a aparecer, pero este se acomodó en todo el estómago, lanzando unos impulsos dañinos hacia su corazón.

¡¡Juanmaaaaa!! ¡¡¿Dónde estás?!! ¡¡Háblame!!

El pánico eclosionó en sus mejillas bañadas de lágrimas y sobre sus labios temblorosos. De nuevo, aquel murmullo. Esta vez más claro, más cercano. Gutural, ronco y lleno de súplica. Corrió, y a pesar de la urgencia, no puedo evitar ver como algunas cruces se habían caído y sobre ellas reposaba aquella sangre que salía de la tumba y se había convertido en el rastro gore de su particular cuento de Hansel y Gretel.

¡¡Juanmaaaaa!! ¡¡Dime algo, por Dios!!

No hizo falta. A apenas dos metros más adelante, el cuerpo de Juanma yacía boca abajo. El olor era lo de menos en esos momentos. Su ropa se había convertido en un amasijo de barro, mierda y sangre, pero Verónica el único asco que sentía era de sí misma y de lo que le habían hecho al amor de su vida.

Cayó de rodillas, junto al cuerpo. Su mano izquierda empezó a extenderse con lentitud, temblando como un pajarillo recién nacido y con la esperanza de que Juanma aún respirara. Dos toques, Juanma no respondía. Ayudada por su mano derecha, metió ambas por debajo del brazo izquierdo y del estómago de Juanma para intentar darle la vuelta, el tacto embarrado, sucio y maloliente no denotaba ningún tipo de vida bajo aquel chaleco azul impermeable. Tras una leve balanceo y cuando empezó a darle la vuelta al cuerpo, una mano agarró su muñeca y tiró de ella hacia Juanma. Este le miró desde suelo, con la cara borrada por la sangre y le gritó: ¡¡Verónicaaaaaa!!

–¡¡Veronica!! ¡¡Verónica!! Tierra llamando a Verónica. Cariño, ¿estás bien?

En ese instante, la chica pelirroja dio un salto automático hacia atrás y casi se cae de la silla si no es porque su prometido, Juanma, la tenía agarrada de la muñeca derecha cuando este trató de despertarla de su “pequeña letanía”.

–¿Qué...qué ha pasado? –preguntó ella desorientada y con el rostro lechoso por el susto.

–Cariño. Sé que te aburren mis historias, pero podrías poner un poco de interés en las cosas que te cuento.

–Perdona, no sé qué me ha pasado.

–Yo sí que lo sé. Esa cuenta va a acabar con nuestra relación. Me has dejado solo a cargo de toda la organización de la boda y tú solo tienes ojos para tu bufete.

Verónica estaba desconcertada. Estiró el brazo hacia el vaso de agua que estaba frente a ella en aquella terraza para calmar la sequedad de su garganta y sus labios acartonados. Estaba frente a la majestuosa Catedral de Burgos. Parecía que se había despertado de un sueño eterno o más bien una pesadilla. Aunque algo en su interior le hacía pensar que aquello sí que era un sueño y se iba a despertar en el hospital, junto a sus suegros y con la mala noticia de que Juanma había muerto.

–Amor, por favor. ¿Seguro que estás bien?

–Creo que sí –dijo ella.

Sin poder evitarlo, le miró a los ojos, esos que sonreían sin quererlo siempre y le daban toda la vida que necesitaba. Fue entonces cuando comprendió que todo había sido una alucinación suya. Se acercó a él, le tocó la mejilla con suavidad y probó sus labios con un leve sabor amargo por la cerveza que se interponía entre ellos.

–Gracias por existir, mi amor.

–¡Ay, Verónica! No me digas eso, que sabes que me emociono con nada. Y no me cambies de tema. Dime que te parece la idea que te he comentado.

–Refréscame la memoria.

Juanma frunció el ceño y olvidando rápidamente el lapsus mental de su novia, le contó su idea... de nuevo.

–Como te decía...Había pensado escribir un relato nuevo en mi web, con la idea de animar un poco las ventas de mis novelas. Últimamente no tengo ganas de nada y se me ocurrió esto: Un joven, tras la pérdida de su prometida y por una promesa personal, visita el cementerio ficticio de Sad Hill, ese que tanto nos gusta a los dos...El problema es que cuando llega allí, encuentra una tumba vacía con su nombre. ¿Cómo lo ves?

Verónica se quedó durante dos segundos petrificada y cuando volvió en sí le contestó:

–Mientras no salga ningún brazo colgando...

FIN